

## DIRECCION:

Calle de Velázquez, núm. 106.  
Teléfono núm. 55119.

## ADMINISTRACION:

Avenida de Pi y Margall, núm. 18.  
Teléfono núm. 90545.

20 céntimos

# Criterio

Revista semanal de orientación política y literaria

## SUSCRIPCIONES

## ESPAÑA:

Trimestre, 2,75 ptas.; año, 10,00 ptas.

## PORTUGAL Y AMERICA:

Semestre, 8,00 ptas.; año, 15,00 ptas.

## OTROS PAISES:

Semestre, 16,00 ptas.; año, 32,00 ptas.

## POLITICA

por Luis Hernando DE LARRAMENDI

### Un triunfo desorientado

Quince mil, treinta mil o más personas han acudido al mitin de Palencia. ¡Bien! No las han detenido las amenazas. No les han arrebatado las agresiones. No les ha engañado el deliberado sueño del poncio palentino, de un apellido tan acreditado que no engaña: Vinalxa.

Acometidas, asechanzas en las estaciones, valentías, armas, incendios, asesinatos frustrados o por desgracia cumplidos; a todo han resistido. Porque no han practicado la doctrina herética de no resistir al mal; sino la católica, que requiere alcanzar con violencia, santa, pero violencia, el Reino.

Han sacrificado, también, su dinero, porque una concentración de treinta mil personas, o más, supone un dispendio extraordinario muy cercano al medio millón de pesetas.

Hay fe; hay pueblo; hay España. No del todo se ha disipado y perdido el alma nacional. Aún en el cuerpo agónico de la patria alienta y responde.

¡Albricias!

Es evidente que se ha ganado una batalla.

Pero, ¿qué se ha conseguido con ese triunfo?

¿Habrá un católico más?  
¿Habrá un agravio menos a la Iglesia?  
¿Tendrá el pueblo español una sola propaganda venenosa menos?

¿Quedará la conciencia del pueblo ni un ápice más amparada en su derecho a la libertad y al bien, contra las captaciones, los lazos, los engaños y las coacciones que el oportunismo revolucionario le inflige y le impone?

Porque si nada de eso se ha ganado triunfando en la batalla, el ejército ha cumplido como heroico; pero sus generales han perdido el tiempo, el esfuerzo y los recursos invertidos como desorientados.

No habrá un católico más. El entusiasmo podrá despertar en algún tibio al contagio del entusiasmo; pero no hay eficiencia en un mitin de más de una decena de oradores, en árido espíritu de batalla, para la conversión de los adversarios, que ni siquiera asisten.

Agravios a la Iglesia ha habido más. Se ha injuriado a todo cuanto ella representa, se ha perseguido a los sacerdotes, deteniéndolos por la autoridad como añadidura; se ha intentado asaltar la residencia de Jesuitas en Burgos; se ha apaleado a los católicos, agredido a las señoras, matado a una, quemado sus autos. A todo lo cual se deberá unir la estela de inmundas calumnias y maldades que trazaron los mil sufridos papelitos de los clanes canibales que integran la revolución.

Lejos, pues, de librarse el pueblo español de una sola propaganda nociva, se aumentará la violencia de todas y hasta su número.

Y seguirá el pueblo, siempre niño y necesitado de patrocinio, entregado a que corrompan su conciencia desamparada los desalmados que llaman libertad de pensamiento a barbarizar sin rectitud moral ni mental y llenos de toda la absoluta vaciedad de la ignorancia.

Sostener esa descomunal batalla, cruenta y gravosa, para tan cortos o negativos beneficios, es caso lamentable. ¡Cuánta violencia inútil!

Precisa, pues, buscar otra justificación: una finalidad.

Y aquí encontramos lo más grave del caso: la finalidad no tiene siquiera categoría de fin, sino de instante fugitivo en la necesidad democrática de tejer y destejer la visión constitucional. Eso, consiguiéndola.

Pero, ¿se conseguirá? Supongamos que el pastel sobre el cual, como en colineta de confitura barata, se piensa erigir al prohombre de Priego admite la enclaudradora de una modificación constitucional, así como se pincha con el estoque disimulado entre la capa desde un burladero al toro marrajo. ¡Llegará la modificación encolada a declarar Religión del Estado la Católica, al sostenimiento por el erario público del culto y el clero; amparar el sacramento del matrimonio y la jurisdicción eclesiástica; liberar la enseñanza sin trabas para los católicos?

Difícil es que llegase a tanto.

Pues bien, aun alcanzando a todo ello, no sería sino lo que nos desolaba el candelillo constitucional de 1876, y con él hemos venido al estado de ruina presente.

Porque la ruina no está tanto en las enormidades estatuidas sobre cada orden fun-

damental, por las artificiosas constituciones de papel, como en el establecimiento del derecho a todos los errores, todos los corrosivos ideológicos y todos los opinionismos y partidos por descabellados que sean. Un régimen que se constituye sobre el derecho a disparatar, tiene que ser la caja de todos los males de Pandora y el ostracismo y la condena de aniquilación contra todo lo justo, lo inteligente y lo provechoso.

Y a estas alturas de disolución social y moral, los efectos son precipitados.

Dejar, pues, el germen de todos los daños es como no haber hecho nada.

Pero, ¿quién sueña en que a fuerza de batallas como la reciente se consiga la reforma constitucional? ¡Cuántos miles de mitines, alguno con más de treinta mil concurrentes, no han dado los católicos en veinte años? ¡Cuántas campañas no han hecho? ¡Cuántas elecciones han ganado? ¡Cuántos diputados, y hasta mayorías conservadoras, no han tenido en las Cortes?

Y ¿qué han conseguido? Nada. Tejer y destejer. Sostener malamente una apariencia de orden. Permitir la propaganda disolvente que minaba la conciencia y la fe del pueblo. ¡Preparar el desastre final! Y lo que es peor, ¡preparar la frialdad, el egoísmo, el empedernimiento, la insensatez con que los más llamados a sentirlo y hasta a evitarlo han presenciado el derrumbamiento y la inundación nacional por las cloacas sueltas!

Si en condiciones más favorables, como eran las de cincuenta años anteriores al día de hoy, nada se ha conseguido con la constitución de 1876, menos se podría conseguir de aquí adelante ni con esa, ni con ninguna constitución liberal.

Pero mientras es difícil que los católicos obtengan nada, sería locura pensar que van a dejar de hacer sus campañas los adversarios. Todos con la preocupación característica de los revolucionarios de ser más avanzados que los demás. Y sabido es que el mayor avance consiste en la truculencia más aguda de las frases, en la atrocidad más descoyuntada de las pretensiones y en el deseo más cruel de exterminar a alguien. Con preferencia, Iglesia y sus fieles.

¿Qué perspectiva? Una guerra permanente; una lucha continua; una persecución de violencias sistemáticas, incíviles y sin término ni utilidad.

La selva a la vista; el regreso al régimen de las hordas. En el cual, claro está, tienen ventaja los más despreocupados y salvajes.

Y batallas tan duras, cruentas, gravosas, constantes, sin ver jamás el término ni deducir nunca algún beneficio consolidado de los más brillantes triunfos aparentes, desalientan al cabo a las masas.

Las cuales creerán que esa revisión constitucional es, puesto que da nombre y mueve a las campañas, el ideal completo, el más importante. Con lo cual adquirirán el error de tomar como un bien el estado de discordia y el artificio constitucional, que son, ambos, atentados al derecho natural, a la naturaleza nacional y al bien público. Es decir, el pueblo padecerá que se le confunda la mente y la conciencia por los propios que cree ser sus defensores.

Si no es que distraído del verdadero ideal y de los propios procedimientos de defenderle, note el insípido sabor de todas las insinceridades, de todas las incongruencias, y se desanime y se aparte.

Por algo se dice que el pueblo se ha apartado de la Iglesia; porque se le ha dado un ideal adulterado y no le satisface.

Por algo ocurre que sólo los carlistas tienen, a pesar de todos los pesares, masas populares católicas, fervorosas, entusiastas e indefectibles. Porque su ideal religioso y civil es el auténtico, el de siempre, el de la verdad y el de la tierra y la tradición.

De sostener batallas, exponer las vidas, disponer de los bienes, que no sea para cosas inútiles o que nada resuelvan, sino para salvar a España, asegurar la civilización y amparar la conciencia, la libertad y la sed de infinito del pueblo niño.

No basta que éste responda con entusiasmos y heroísmo; es preciso que se le dirija con acierto y eficacia.

No a la revisión constitucional, sino a la restauración tradicional; no a la violencia permanente de la guerra civil de los partidos, sino a la vida política de la monarquía social católica de la tradición española, que hizo la patria y perduró catorce siglos en creciente perfección e inalterable y amada del pueblo.

## DE LOS VERGELES PARLAMENTARIOS

### Flores de oratoria constituyente

por FABIO

Malévolos e ingratos detractores juzgan las actuales Cortes Constituyentes zahurdas de jabalíes. A nosotros se nos antojan vergeles ameniños. Y aferrados a nuestro anteojo, vamos a coger flores en esos ameniños vergeles.

Sea la primera flor el siguiente pensamiento del sabio que ahora cobra la cartera de Justicia y la cátedra que le dió en la Universidad de Madrid el inolvidable ministro monárquico, el inolvidable ministro

le aconsejamos que antes de dar al mundo

pensamientos de tamaña intensidad lumínica procure ponerse de acuerdo con sus

colegas de Areópago... y consigo mismo; pues, así como así, el también invade los

dominios de la emoción confiscando los

bienes de la Iglesia en nombre del Estado.

Pero vamos a la esencia de la flor.

No habrá que decir que la idea de que

la religión en general y en particular la fe

católica es una emoción, no es cosa inven-



El Augusto Señor don Alfonso Carlos de Borbón y Austria de Este, duque de Madrid, jefe de la Casa de Borbón.

del Gabinete Berenguer. Tormo, en uno de sus más simpáticos chanchullos: Don Fernando de los Ríos.

"El Estado nada tiene que ver con la Iglesia; porque la fe es una 'emoción', y el Estado no entra en el dominio de las emociones."

Pensamiento digno de entallarse en ripio y cascote de Tapia, "acre perennius", para perpetuar el asombro con que lo oyó el Areópago republicano socialista, vulgo Cortes Constituyentes.

Pero casi todo el dominio de la emoción pertenece al Arte... El Arte es emoción... Y el Estado no es ajeno al Arte.

Por añadidura, el ministro de Instrucción Pública, esa otra lumbra interna, maestro de escuela sin escuela, anda siempre a vueltas con "nuestro tesoro artístico"—que es cabalmente el tesoro artístico de la Iglesia—para apoderarse de él en nombre del Estado, como antaño Tormo... ¡No será esto invadir el Estado los dominios de la emoción por partida doble?

Confiados en que el señor Ríos, aun siendo sabio, es democrata, y tiene que resignarse a soportar consejos democráticos,

tada por el señor Ríos. Aquí, en este mun-

dillo republicano socialista, será todo más

o menos detestable, pero todo es imitación

de figuras trasnochadas, adquiridos a

bajo precio en el Rastro de Europa.

Eso de que la fe es una emoción, o como

más frecuentemente dicen, un "sentimien-

to", hace ya muchas décadas lo croaba,

con su voz de rana de charco, que quería

ser canto de alondra, un tal Schultz, filóso-

so de menor cuantía, que se sabía de

corrido esta vieja partitura, pero al fin

algo menos torpe que lo que por aquí se

estila.

El que en presencia de una estatua de

Afrodita—decía Schultz—no se sienta he-

leno; o delante de una imagen de la Madre

de Dios no se sienta católico de la Edad

Media; o no se sienta protestante delante

de una imagen de Kaulbach; o no pueda

hacerse panteísta cuando contempla la na-

turalaleza, ese no entiende de estas cosas."

De modo que esto de que la fe, la reli-

gión, es una emoción, un sentimiento, es

un refrán mandado retirar del escaparate

de la taberna por el calor.

Y si el señor Ríos, antes de decidirse a

iluminar al mundo con esa llamarada de su

## VITRINA

por Tristán de MARTIARTU

### DON JUAN CONTRA EL DIVORCIO

Repantigados en sus poltronas del círculo, acababan de pasar revista a las novedades de actualidad los habituales de una Peña numerosa.

—No creerían las señoras que pasan un poco alerta siempre por delante de nuestras ventanas, tanta unanimidad entre nosotros para condenar el divorcio vincular y escandalizarnos del amor libre—dijo

alguien como resumen de la reciente conversación.

—Aguarda, todavía no ha emitido su voto, seguramente contrario, Barba Azul, que ahora llega.

Algazara, recibimiento explosivo y extraordinario al aludido, que, en efecto, parecía tener cierto aire conquistador.

cabeza, se hubiera tomado la molestia de enterarse de lo que es fe y de lo que es "emoción", quizás no se hubiera decidido para no enseñarnos a esa luz más de lo que a él le conviene que veamos.

La emoción, tal como la entienden los que dicen que la fe es emoción, es, como puede verse en el citado párrafo de Schultz, "sentimiento". Por eso decíamos que entra en el dominio de la Estética, que es la belleza sensible.

Pero todos sabemos que el sentimiento no es cosa de la razón. Hay hombres y mujeres de gran talento, como Ríos, la Clara, o la Kent, y acaso carecen de sentimiento. Hay mujeres y hombres de talento escaso y de mucho sentimiento.

Pues bien; la fe, para decirlo con palabras de San Pablo, es "rationabile obsequium", obsequio razonable, obsequio de la razón... Es un asentimiento de la razón a una verdad. La razón asiente, pero no siente. Luego la fe no es un sentimiento, una emoción...

Ciertamente, a todo asentimiento de la razón precede una especie de impulso. Para sentir a esta verdad, dos y dos son cuatro, nos impulsan la evidencia objetiva y la subjetiva; la claridad de la verdad y la claridad con que la ve la razón. Aquí el impulso es tal, que la razón presta su asentimiento aunque la voluntad no quiera. Para asentir a una verdad demostrable, tal como el binomio de Newton, nos impulsa la lógica del raciocinio demostrativo. Para asentir a una verdad histórica, nos impulsan los documentos que la comprueban. Pero es obvio que ni el impulso de la intuición ni el de la demostración son el asentimiento mismo de la razón.

Por manera semejante, aunque supongamos que en tal o cual caso sirvió de vehículo a la gracia que precede a la fe sobrenatural una emoción—pues el Espíritu de Dios "ubi vult spirat", expira, sopla, llama donde quiere, cuando quiere y como quiere, "procedentem, per psallentem, per cantantem"—, no hay derecho para confundir esa emoción con el asentimiento de la razón y el consentimiento de la voluntad que la fe supone, como no lo hay para confundir el impulso del asentimiento con el asentimiento mismo.

Podemos, pues, decir sin ofensa para el señor Ríos, ya que el pensamiento no es suyo, que eso de que la fe es una emoción es una blasfemia tornasolada de vaciedad.

Y he aquí por qué nunca fuimos partidarios de que se den las cátedras por la vía del chanchullo... Los catedráticos se acostumbran a eso y no estudian... Especialmente si su vocación, más que para libros, es para pasarse la vida conspirando en antros, en logias, hasta asomar la cabeza en un Ministerio y redondearse.

Preferimos aquel régimen académico que disponía—en tiempos en que el Estado sentía la "emoción" de la fe, y estaba unido a la Iglesia, y el Cardenal Cisneros, dos veces regente de España, fundaba la Universidad de Alcalá, que hoy es, aunque parezca mentira, la de Madrid—disponía que los catedráticos, para continuar en sus cátedras, ya ganadas por oposición, hicieran oposiciones a las mismas cátedras cada tres o cuatro años.

Naturalmente; no había tiempo para conspirar. Sólo había tiempo para estudiar. No había Ríos, ni Besteiro... Pero los catedráticos, de fama universal, eran solicitados por la Sorbona de París y por las más célebres Universidades del mundo.

Mas, propuesta la cuestión al supuesto discrepante, su dictamen dejó perplejo, por la decepción en lo que se esperaba y el asombro curioso de lo inesperado de la respuesta, a todo el concurso.

—Voto en contra de las disparatadas novedades. Nada como la sinceridad de don Juan convence de que la naturaleza humana es monógama.

—A ver. A ver.

—Que se explique.

—Luz y taquígrafos.

—Me explicaré. Con brevedad, porque el tema es muy extenso y en la plenitud varonil las ideas, como la barba, deben ser sintéticas.

—Lapidario.

—Admirable.

—Que se explique; dejadle.

—Don Juan es el más impulsivo amor. Su anhelo buscaba a través de la variedad el reposo sumiso y la eternidad de la dicha definitiva. No logra hallarlos. Su error consiste en elegir el camino de la variedad en vez de asegurar un poco de reposo en la fidelidad, una sombra de eternidad en la sucesión familiar y algo de dicha en el dominio sobre las ilusiones.

—Todo eso está muy bien; pero no veo la manifestación de la naturaleza monógama. ¿Dónde está?

—En que si el ánimo se suelta a perseguir toda apariencia de belleza o de atractiva simpatía, [habiendo tantas], y esa es la consecuencia lógica, psicológica y práctica de la variedad, se termina en la mania ambulatória.

Carcajada general.

—Es cierto; es cierto. Has estado admirable. No hay comenón más imposible. Como le ocurre al pobre Nicio que va dos pasos detrás de una sombra y gira para seguir tres a otra sombra que viene de frente, y así desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche.

—No; hasta la muerte, que es la prometida de la locura.

### OTRO DON JUAN, EN EL CAFE

Tertulia de café. Mezcla. Comercio, burocracia, un maestro de obra, clases pasivas, medicina a tres pesetas, estudiantes profesionales, capitalismo de la Latina, una chispa de bohemia literaria y un reportero.

—Ha estado bien. Y es ya viejo, según le trae pintado un periódico.

—Pero, ¿a qué llama usted estar bien?

—A defenderse con dignidad y no mordeerse la lengua, sabiendo que le buscan y está en patio ajeno.

—Y la envidia a todo el que tenemos algún capital, máxime siendo multimillonario.

—Pero es una facha. Yo sé que en Palma... ¡Bueno! Para que les voy a contar a ustedes. Y eso de los tabacos... ¡La mar! Y también que...

—Todo eso será verdad o será mentira; pero ha estado bien. Y no hará tantas cosas con su dinero cuando le persiguen.

—¿No? Pues y las 25.000 del ala... ¿No está eso claro? ¿Y está eso bien?

—¡Ofrecer 25.000 pesetas!...

—También a don Jorge le parece mal.

—¡Hombre; ofrecer 25.000 pesetas!...

—¡Les consta a ustedes que está eso tan claro? Además de que no creo que sea el único caso del mundo, ni de las costumbres en que media dinero.

—En mis tiempos, en las oficinas, no diré dinero; pero algún obsequio...

—¡Ofrecer 25.000 pesetas!...

—¡Es una indignidad! Eso hay que sancionarlo; usted, don Jorge, piensa como yo, que ofrecer 25.000 pesetas...

—¡Ofrecer 25.000 pesetas!... Eso está mal; eso no es de vista. ¡Pues que querría conseguir con 25.000 pesetas! Eso es mentira, o ese hombre es un infeliz.

Por todas partes crímenes políticos, luchas entre obreros y promesas de felicidad pública sobre la única base de algún odio, de alguna persecución, de algún torrente de sangre. ■ La violencia puede ser y debe ser recurso de orden, instrumento de paz, lo mismo en la perfección individual que en la conservación y el progreso social. ■ Pero transigir con un sistema cuyo único fruto cierto, real y constante, bajo falsas apariencias monárquicas o republicanas, es la discordia del país en partidos permanentes que practican la violencia perpetua como clanes cavernarios, además de ser un error político que arruina a la nación, repugna a las conciencias honradas y conscientes, porque es dar pábulo a la violencia anticristiana, incivil e injustificable.



## Anfibologías políticas

por Víctor PRADERA

La intervención obrera

II

Quedó sentado en el artículo anterior que los factores económicos capaces por sí mismos de producir lo estrictamente necesario para el sostenimiento vital del hombre eran la fuerza de trabajo y la Naturaleza; y que elementos extraños al trabajo manual, y que aumentaban su productividad, en proporciones que podían llegar a ser fabulosas, eran los métodos de producción aplicados por el patrono y el capital. El producto, pues, en regímenes económicos que no sean los primitivos, es obra de la Naturaleza, el trabajo manual, el del patrono y el capital. Las personas que encarnan cada uno de esos elementos —propietario, obrero, patrono y capitalista— tienen, en consecuencia, por la fuerza misma de las cosas, una intervención en el proceso productivo. Con lo que es notorio que en él no puede ser excluida en principio la del obrero, como en principio también no pueden ser excluidas ni la del propietario, ni la del patrono, ni la del capitalista.

Pero ni la afirmación de la intervención obrera en principio, en el proceso productivo, significa su intervención en la totalidad del mismo, ni aun siquiera la necesidad ineludible de dicha intervención. Voy a discurrir en el día de hoy acerca de este tema interesantísimo, y que un proyecto inoportuno y poco meditado ha puesto de actualidad.

Imaginémonos un obrero al que realzan las condiciones subjetivas de la producción, que vimos eran capaces por sí mismas y sin otros elementos extraños al trabajo, de aumentar su productividad. El obrero en cuestión ha adquirido habilidad profesional, conoce bien su oficio y es moral. En sí mismo posee un valor que puede ser garantía para el capitalista. Prestándole, el obrero adquiere lo necesario para auxiliarse en su trabajo con medios adecuados. Y así ha resumido en su persona al obrero manual, al patrono, al propietario y al capitalista.

En el proceso productivo que en esas condiciones se desarrollase, tendría alguna intervención el capitalista, con cuyo concurso el obrero se transformó en propietario y poseedor de capital, y se encontró en condiciones de convertirse en patrono. Evidentemente no, y ello por una razón elemental. El capitalista no es en aquel verdadero productor. Su capital—el que en el proceso productivo va a aumentar la productividad del trabajo manual transformado en medios auxiliares y a ser factor de aquella convertido en primeras materias—ha sido cedido por él al obrero, con obligación de devolución íntegra algún día, pago entretanto de intereses, bajo garantías que el capitalista estimó suficientes en la habilidad y moralidad de aquel. Para el acto de producción, el capitalista es el obrero, y no el que originariamente ostentaba dicho título. Con ocasión del mismo, se han creado vínculos entre el obrero y otra persona; pero fuera de él. El capitalista primitivo se ha convertido en prestamista—condición ajena por completo a la producción—y por virtud de esta transmutación, el obrero ha encarnado su representación. Más brevemente: el capitalista, huyendo del riesgo de la producción y mediante el cobro de intereses, ha enajenado en favor del obrero su propia condición.

Y no es esto, dentro del capitalismo, una excepción. La inhibición del capitalista en el proceso productivo ha sido en él elevado a sistema. No hay industria que no acuda al expediente de las obligaciones hipotecarias para disponer del capital o para ampliar el propio. Y no descubro el Mediterráneo al afirmar que los obligacionistas, proveedores de capital a la industria, ninguna intervención tienen en su gestión. La explicación es del mismo orden que la dada para el caso anteriormente examinado. Capitalista propiamente dicho para el proceso productivo es el cesionario del capital que posee el primitivo capitalista. Este último actúa fuera de aquel tan sólo como prestamista.

Lo que ocurre con el capitalista, sin el menor reproche de la Moral ni de la Justicia; lo que además no ha sido nunca reprobado por los que a sí mismo se llaman defensores del proletariado, no podría ocurrir asimismo con el obrero? La intervención legítima que en principio le corresponde en el proceso productivo—y que luego fijaremos cuál sea—, no puede cesar por análogas razones a las que imponen la inhibición del capitalista?

La contestación a la pregunta fluye clara desde que se la formula. Sería su poner en el obrero una condición privilegiada oponerle una rotunda negativa. Y esa condición de privilegio no aparece en el análisis que del proceso productivo quedó hecho más arriba. El obrero en la producción que se substraer a las estrecheces y angustias de la que se realiza exclusivamente entre la Naturaleza y su fuerza de trabajo, necesita del capitalista, como el capitalista necesita de él. La realidad, al clavar despiadadamente en el cuadro de los más torpes errores la doctrina socialista, ha puesto de manifiesto—bien cruelmente por cierto—que trabajo sin capital es trabajo parado.

Es, pues, posible que así como el poseedor del capital transfiera su intervención en la producción a otro de los interesados en ella, el trabajador manual transfiera la que le corresponde, ya en favor del patrono, ya en favor del propietario, ya, en fin, en favor del capitalista. Y eso que en el orden especulativo se presenta como posible, en el de la realidad se muestra como cosa corriente. El medio

## ELEGIA DE LA TRADICION DE ESPAÑA

por José María PEMAN

Me duele España en mí, como si fuera carne en mi carne: siento como el temblor de un viejo tronco al viento o el desahirse de una enredadera.

Ramas tronchadas de una primavera, siento en mí los sentires más amados como Cristos manchados de sangre y de saliva: ¡y me duele en el alma, en carne viva, la mella de los siglos arrancados!

Yo no soy luz que brilla pasajera entre nubes, ni lamento perdido en soledad, ni hoja amarilla danzarina de otoño sobre el viento:

no es una pluma en el azar mi vida ni soy un punto, solo, sin medida ni dimensión, que encierra en sí mismo su ser todo agotado. Todo en mí, carne y luz, lo han amasado los muertos y la tierra: las dos manos fecundas del Pasado...

Yo soy un alma amiga de otras almas que fueron mis iguales: rojo coral en banco de corales, gota de un mar y grano de una espiga.

Mis ansias y sentires terrenales no son silvestres rosas nacidas, sin semillas, en mi pecho... ¡Yo soy lo que me han hecho los siglos y las cosas!

Venimos de otras horas. Somos ecos lejanos en los vientos azules de los montes del Tiempo.

Era ya nuestra vida como chispa nacida de la llama primera de un primer pensamiento, cuando todo era masa sin formar en las manos del Señor, y lamento sin palabra ni nombre la futura querrela: cuando no era la rosa, ni la luz, ni la estrella, y la caña era virgen del abrazo del viento.

Y después, cuando el dedo, todo luz y armonía, del Señor de las cosas, como rayo del día tembloroso entre brumas con cantiles de rocas y quimaldas de espumas, demarcaba un pedazo del planeta, y decía: "Esta huerta de flores que yo tomo por mía, será España, señora de la tarde y la aurora, de la paz y la guerra; hija buena y fecunda, que tendrá desde ahora una estrella en los cielos y un camino en la tierra": desde entonces, lejana, silenciosa, escondida, al compás y medida

que iba España naciendo, como un tallo de flores, en aquel hervidero de promesas y ardores, con sus mismas esencias, se iba haciendo mi vida.

Yo no soy flor nacida para todos los vientos ni camino perdido para todos los pasos: yo no soy pluma suelta de destinos y acasos arrojada a los aires, cual despojo maldito. Yo he nacido a la sombra de un mandato infinito, de un misterio fecundo donde, en letras de estrellas, mi sendero está escrito... ¡Yo he venido a la vida con un nombre bendito! ¡Yo no soy hospicio de las patrias del mundo!

Tengo nombre, y recuerdos, y linaje, y pasado: tengo un eco de siglos conocido y amado que acompaña mis pasos y responde a mi voz... ¡Yo soy flor en las flores de un jardín bien nombrado y mi tierra era tierra bendecida de Dios!

Cuando España nació, yo era ya una indecisa claridad en su día, y un reflejo perdido de la luz de su fiesta, y una gota en la fuente de su arroyo primero, y una letra futura de su verso y su gesta, y una estrella lejana de su noche de enero.

Cuando España nació, yo era ya, con mi vida, como un ramo de flores para España segado del jardín del Eterno: yo era ya blanca nieve que esperaba su invierno y era grano en la espera de los nuevos calores.

Cuando España nació, yo era ya un alarido confundido en el cuerno que llamaba a sus hijos, por la Cruz, a la lid; y era soplo en el viento que agitaba su enfienda, y era luz en el alba que pintaba, en Cardeña, con suspiros violetas, la armadura del Cid.

¡España, España, España!

¡Y qu'eren arrancarme la memoria y vendarme los ojos! ¡y ennegrecer, sobre el azul, los rojos y sangrantes ponientes de tu historia!

¡Y qu'eren separarme de la esencia de ti, como la carne de la huesa!

¡Rosa de Cataluña! ¡Encina de Castilla: verde plumero heroico sobre el casco de Gredos! ¡Pinares y robledos: sonoros escudrones frente a los vientos largos de la tarde! ¡Rojos muros preclaros, regados en la tierra donde arde la coescha entre rizas de cigarra! ¡Picachos de Navarra! ¡Prados de Balaín, verdes y claros! ¡Y vosotras, las frías crestas del Pirineo, y la calzada de Galicia, regada de fervores, y las blancas aldeas, y las rias: puñaladas de azul entre las flores! ¡Y Valencia! ¡Y las dos Andalucías: la griega y la moruna! ¡Todas, todas a una las Españas en pie todas, al viento, con la mano en la espada y el aliento contenido y la voz ancha y sonora, todas puestas en cruz, en esta hora de un solo amor y un solo juramento!

¡España, España!... Aguzo los oídos:

que con un dulce deyo y dolor blando, sombras con luna van por los ejidos de Salamanca y de Alcalá, llorando... Lloran la copa de la malcasada que a la orilla del golfo verde y oro, sueña el mal sueño de su amor doliente: lloran por su rosal y su tesoro, perla ayer la mejor de su corona: hija de las sirenas del oriente, novia del mar azul, luna naciente... ¡clara, limpia y perfecta Barcelona!

¡Y llegará el momento en que retumbe toda España al viento, con los ecos hacidos de la tala del bosque ayer tan pristo y tan tupido? ¡Y arrojará algún brazo descreído, como un puñado de simiente mala, las arras de Isabel, en el olvido? Se ha cubierto la tarde de Castilla con esa luz opaca y amarilla que presagia tormentas...

Y yo he visto, bajo la luz agónica y rosada con que una lamparilla velaba junto a un Cristo, yo he visto, en la capilla de Reyes de Granada, donde duerme la Reina enamorada de las altas querellas, brotar, soñando yo, de sus pupilas, lágrimas que enojaban, como estrellas, la mustia flor de sus ojeras llas.

Me siento solo. Triste y amarilla, la puesta del sol arde sobre los montes. Brilla la hoguera al lejos; la corneja chillá... ¡Tengo miedo, Señor, en esta tarde nublada sobre el campo de Castilla!

Señor, Señor:

¡por todas esas cruces que disparan al cielo los campos españoles! ¡Por los tibios resoles y las luces azules y violetas del sol del pueblo sobre el campanario! ¡Por la ermita, entre chopos, junto al río! ¡Por el ave-maria del rosario del alba, rosa blanca, entre el rocío! ¡Por la luz y las flores y los siete puñales de la Virgen que llora, entre cristales, con lágrimas de cera, sus dolores! ¡Por el Pilar, y Atocha, y la Almudena, y Regla, y Setefilla: por la Esperanza y por la Macarena! ¡Por la luz misteriosa de la noche santa y amarga de la maravilla! ¡Por la seda y el oro y el derroche gitano de los "pasos" de Sevilla! ¡Por todas esas flores de la casa paterna! ¡Por toda aquella tierra fe de nuestros mayores! ¡en esta hora de angustias y dolores, piedada, Señor, para la España eterna!

¡Piedad, Señor, para los malhechores que riegan sal y ortigas por los suelos! ¡Pon los siete colores de tu arco de perdón sobre los cielos! ¡Hunde en el polvo el odio y la arrogancia! ¡Sembra rosas de olvidos y perdones y unge de compasión y tolerancia labios y corazones! ¡Danos la paz! ¡Acercas a los hermanos! ¡Abre acacias de amor en los secanos y pon el agua de la Vida en ellas! ¡Tú, que tienes el viento y las estrellas, Señor de los Señores, en tus manos!

Octubre, 1931.

## Criterio

comenzará el presente mes de Noviembre un ciclo de conferencias.

La primera se pronunciará en un teatro sobre el tema

El amor, profunda raíz política

por el director de nuestra revista,

don Lu's Hernando de LARRAMENDI.

Continuarán después

los Sres. PRADERA, PALACIOS, Conde de SANTILLANA DEL RIO y otros.

Dirijase usted a la dirección de

Criterio Velázquez, 106,

por escrito, si desea que se le reserven butacas, palcos o entradas.

No está aún decidido, pero acaso se fije un precio, que no excederá de tres pesetas butaca y una la entrada.

por el cual el obrero transfiera ya al capitalista, ya al patrono, ya al propietario su derecho de intervención en el proceso productivo es el salariado.

Y nada más obvio que esa cesión. No hay para justificarla sino recordar las razones que justifican la que de su intervención hace el capitalista. Substituyendo las denominaciones, uno y otro caso son idénticos. El capitalista—según acaba de verse—se inhibe de intervenir en la producción a cambio de percibir, fuera de ella y de fuentes completamente distintas de ella, una cantidad determinada. Por el salariado, el obrero percibe, fuera de la producción y con independencia de sus resultados, otra, asimismo, determinada. No es este el momento de examinar si el salariado es o no la mejor forma por la que el obrero participe—aunque fuera de la producción e indirectamente—de los resultados de la misma: ni siquiera de que sea forma legítima de aquella participación: ni menos aún de si las cifras fijadas para los salarios en cada caso sean las que en justicia o equidad representen la cesión de la intervención directa del obrero.

Todos estos puntos deben darse en este momento por resueltos, porque pertenecen por su propia naturaleza a un orden previo de estudios, ya que el salariado supone substitución de derechos del obrero, y la substitución, naturalmente, ha de ajustarse a la justicia y a la equidad. Lo que importa por el momento es fijar el alcance de la intervención obrera en la producción—pues este es el te-

ma del presente artículo—en las diversas situaciones en que lo podamos imaginar, y como la del salariado es una de ellas, a ella debemos aplicar los principios sentados, en el supuesto de que el salariado sea forma legítima y que la cifra de los salarios concretamente se haya calculado con justicia. Pero como añadida y para que no pueda atribuírsele, tomando para ello pretexto del silencio, lo que quizás no fuera mi pensamiento, diré que, a mi juicio, el salariado en sí mismo es forma legítima de substituir en el proceso productivo la participación natural en el del obrero, dependiendo su justicia de la cuantía del salario: que ésta pueda establecerse con suficiente rigor mediante la modalidad de la participación en los beneficios, fijando como parte constante la reclamada por una vida de decoro dentro del nivel de la clase obrera; y que, a mayor abundamiento, el salariado, por lo menos en esta última forma, no puede desaparecer en lo que permiten prever los actuales horizontes de la vida económica.

Y con sólo esas indicaciones ya se coligen los principios de la intervención del obrero en la producción. Así como el poseedor de un capital no la tiene de hecho, ni, según ha quedado justificado, ni en derecho, cuando la que le otorgaba la naturaleza del proceso productivo ha sido enajenada por un acto ajeno al mismo, así también el obrero por el salariado, que le constituye en una situación de plena independencia con relación a sus resultados, carece de todo derecho para intervenir en la producción.

Intervenir en la producción, sin daño propio, cualesquiera que fuesen sus resultados, e imputando en toda su integridad a terceras personas aquel que se produjese, es de una injusticia tan irritante que sólo pueden ampararla quienes las normas de la justicia las derivan de sus conveniencias. Ni una palabra más sobre este particular.

Algo parecido hay que decir del régimen del salariado con participación en los beneficios. Como en éste el obrero percibe en todo caso un salario constante, sin que puedan serle imputadas las pérdidas, hay que repetir para él lo dicho para el anterior, con una sola corrección.

## LETRILLA

por M. de P.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar viendo a tantos zascandiles, mezcla de ineptia y maldad, por mero placer siniestro la patria desbaratar.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar contemplando a semi-sabios, políticos en agraz, arreglando en un discurso la española sociedad.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar ante profesores laicos, con aires de santidad, ocultando en sus calzones el rabo de Satanás.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar viendo que a calles y plazas, por un rencoroso afán, se les ponen nombres nuevos que muy poco han de durar.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar presenciando las sesiones de estas Cortes, que darán Constitución nueva a España (si es que esto no acaba mal).

No sabemos si reír, no sabemos si llorar escuchando los aullidos demandando libertad para sí, no para todos, de algún jabali o chacal.

No sabemos si reír, no sabemos si llorar, ni sabemos si indignarnos ante esta España irreal, España de pesadilla, que nadie conoce ya.

¿Lee usted

## Criterio

y le interesa?

Pues no se limite usted a leerlo; suscribese inmediatamente; Administración Pi y Margall, 18, Madrid, teléfono 90545, y procure propagarlo. Pero además diga a la dirección, Velázquez 106, Madrid, en breve cartas; si desea que le contemos como adherido a nuestra obra.

Comenzamos modestamente, pero acometeremos grandes empresas y necesitamos saber quienes están dispuestos a cooperar con nosotros en ellas y quienes, mujeres y varones, nos acompañan en la orientación que estimamos como la única salvadora.

Hemos recibido hasta el momento 8.630 adhesiones, que ordenaremos, después de un análisis reflexivo. Damos gracias a cuantos nos envían su testimonio de cooperación, y dentro de muy corto plazo comenzaremos a desenvolver iniciativas al servicio de lo que es común deseo patriótico de todos.

Participando el obrero en beneficios, su intervención, ya que no en el proceso productivo, se impone en la comprobación de la cifra que represente los obtenidos. Y tampoco hay que decir más acerca de este segundo aspecto de la intervención obrera en la producción.

De todo lo expuesto se deduce que para que el obrero pueda ejercitar el derecho de intervención que en principio tiene sobre el proceso productivo ha de conservar su carácter de factor de la producción. En otras palabras: ha de correr la suerte que le deparen sus resultados. La pureza del proceso productivo no consiente promiscuidades de regímenes diversos y aun opuestos. Cuando se concierta salario no cabe esgrimir derechos derivados de un sistema de producción que lo desconoce.

Pero aun en este último, la intervención del obrero no es absoluta ni mucho menos. Los límites están claramente marcados por la naturaleza del trabajo manual. Ni los métodos de producción, ni el régimen administrativo, ni la organización mercantil para la evacuación de los productos podrán caer nunca bajo la fiscalización obrera. Obrero, patrono, propietario y capitalista, antes que a sus respectivas categorías pertenecen a la humanidad. Y las notas específicas de ésta nos están diciendo que la razón ha de iluminar y preceder a la acción; es decir, que la capacidad sólo se defiende al que he entendido.

## Horizontes internacionales

por M. de P.

DAVID Y GOLIATH

Sigue enredada la madeja chino-japonesa. A través de tanta noticia contradictoria, y de esa frialdad especial con que salen al aire libre los razonamientos y acuerdos diplomáticos, harto se percibe la dificultad de la situación. Querer arreglar hechos vivos con palabras muertas es tarea. El Japón se asfixia: tiene una densidad de población superior a la que por capacidad de su territorio le corresponde. Y, además, su producción industrial y agrícola lo colocan muy por delante de todos los países orientales. Pretender que un pueblo enérgico, lleno de espiritualidad, ceda ante dos monstruos desorganizados, como Rusia y China, con el espíritu nacional y religioso dormido o moribundo, sólo se concibe en esos hombres que forman la representación en Ginebra de la Sociedad de las Naciones. Es David frente a Goliath: es la energía inteligente frente a la materia que se mueve. Más pronto o más tarde David volverá a disparar su honda y dando en mitad de la frente al gigante ruso o al chino, los derribará por tierra. Es la ley de la vida: el músculo cede ante la idea. Esos hombres tan pequeños, de tez oscura y ojos oblicuos, conservan en este ambiente degenerado de hoy día todas las eternas virtudes que hacen grandes a las naciones: abnegación, disciplina férrea, misticismo religioso y guerrero, y como consecuencia lógica de todo ello, desprecio a la muerte. Las instituciones políticas europeas que en un momento de debilidad adoptó, no han podido alterar, por fortuna para el Japón, sus costumbres y sus instituciones y sentimientos seculares. Es un ejemplo maravilloso de adaptación de la técnica industrial y militar moderna a un alma antiquísima: es la armonía entre la acción incansable y el reposo místico. Ese anhelo feliz del norteamericano tras las riquezas consume todas sus fuerzas espirituales: el japonés, en cambio, oriental legítimo, recuerda sin duda aquella sentencia del Baghawat-Ghita, que dice:—Amemos la acción sin apegarnos a sus frutos. ¡Trabajemos a la vez los escépticos epicúreos de la Sociedad de Naciones para convencer al hombrillo silencioso de los ojos oblicuos—que debe asfixiarse entre Rusia, China y los Estados Unidos, sin rechistar ni moverse! Por cierto que esa Sociedad de Naciones va resultando una especie de Sanatorio o retiro de políticos. Como que hubo alguno, muy conocido nuestro, que ni a tres tirones quería volver, y una vez aquí han tenido que sujetarle para que no se fuera...

En Suiza han sido, lo mismo que en Inglaterra, derrotados los socialistas. También aquel pacífico y trabajador país ha rechazado la repugnante póxima marxista, sólo posible para estómagos y paladares primitivos o estragados. Y es tal la violencia y el egoísmo grosero que llevan dentro esas doctrinas aparentemente humanitarias, que hasta en aquel pueblo tranquilo han provocado una enérgica reacción. Por otra parte, en Francia, Herriot, el ex jefe radical socialista, presidente del Gobierno hace unos años, se aleja cada vez más del socialismo. Ahora ha hecho francas declaraciones nacionalistas a propósito del desarme. Y rompió, hace unos meses, con los socialistas del Ayuntamiento de Lyon, del que era alcalde desde hacía mucho tiempo porque, según frase suya, no podía aguantar más sus imposiciones despóticas y su absorbente predominio. Que España abra los ojos y aguce los oídos. Y proceda en consecuencia. Aunque con retraso, tendremos que hacer lo mismo que esos pueblos tan cultos y civilizados. Es lástima que nuestro país se parezca a esas señoritas de pueblo pendientes de la moda... del año pasado.

## SATIRA CLASICA

Pieza admirable de literatura, tan satírica como cómica, reproducimos el siguiente soneto con que el director de "El Fusil", de Bilbao, se ha sacudido las agresiones parapedadas de la Prensa revolucionaria:

Un lebril irlandés de hermoso tallo Bayo entre negro de la frente al anca, Labrada en bronce y ante la carlanca. Pasaba por la margen de una calle.

Salí confuso ejército a ladralle, Chusma de gozques negra, roja y blanca, Como de aldea furibunda arranca. Para seguir al lobo en monte o valle.

Y como escriben que la diosa Trina Globo de plata en el celeste raso Los perros de los montes desatina,

Este hidalgo lebril, sin hacer caso Alzó la pierna, remojó la esquina Y por medio se fué su paso a paso.

Antonio BILBAO



# Picotazos

por M. de PALACIOS OLMEDO

El morado de las banderas tricolores se lo ha comido el sol este verano. ¡Mal presagio! Gracias a que los republicanos-socialistas son verdaderos superhombres y no harán caso de este síntoma amenazador.

Ya están metidos nuestros socialistas en el círculo vicioso donde fracasaron los de otros países. Con sus medidas cohiben o cortan las iniciativas para todo negocio y espantan al capital móvil. Con ello crean un paro artificial sobre el corriente: un sobreparo, y disminuyen los ingresos del Estado y de los ciudadanos. Para corregir esos agobiantes problemas se ven obligados a apretar más aún los tornillos fiscales en torno al cuello del contribuyente y a dictar leyes perturbadoras en la industria, el comercio y la agricultura. Hasta que llega un momento en que éstas, próximas a la asfixia, hacen un violento esfuerzo y rompen las esclavizadoras ligaduras. ¿Hasta cuando durará el experimento?

El laicismo y el socialismo son dos venenos que con apariencias toscas y groseras tienen una sutileza extraordinaria. Vedlos si no infiltrados en la mayoría de los periódicos pertenecientes a la zona templada de la política y en los sesos de muchos burgueses. Acaso el mayor peligro para los eternos principios que amamos no reside en sus enemigos declarados, sino en este indiferentismo suicida, semejante al de Pilatos. Hay periódicos conservadores que constantemente traen fotografías de hombres y asuntos funestos para las ideas que dichos periódicos dicen defender. Y entreuistas con personajes de la secta hispanizada, que no tienen ni la justificación de un interés de momento. Y artículos de colaboradores en pugna con el criterio sostenido por el periódico en el mismo número. ¡Es lamentable y doloroso! ¡Hacen lo mismo los periódicos socializantes y clerofobos! De ninguna manera. En ellos todo es suyo: al adversario, ya que no pueden siempre suprimirlo físicamente, lo suprimen intelectualmente. Y es que estas gentes tienen, por lo menos, apego a sus errores y funestas doctrinas, y los periódicos burgueses de tipo liberal e ilustrados (en el sentido plástico) son, en el fondo, escépticos: sostienen su concepción burguesa tíbamente, con sentido utilitario. No marcando mucho las ideas aumenta el círculo de lectores. ¡Ah! Si los grandes principios que defendemos no tuvieran más vitalidad que la demostrada por ciertos periódicos, estaríamos perdidos. Pero afortunadamente, en la verdadera derecha hay la energía incontestable, precisa, para no tolerar ambigüedades ni incongruencias. Y son las minorías de ese tipo las que en momentos críticos imponen, más pronto o más tarde, su criterio.

Gedeón es el inspirador actual de nuestros socialistas. Desorientados y fastidiados por el desastre del laborismo inglés, han dado suelta a las masas gracias y a disparatadas opiniones. He aquí varios botones de muestra:

—Largo Caballero: Los laboristas ingleses han sido derrotados precisamente por no haber gobernado en socialistas (Vanderelde, el ex ministro socialista belga, cree todo lo contrario). Ahora resulta que las masas conservadoras inglesas se han equivocado: han barrido a unos pobres burgueses.

—Araquistáin: Los periódicos serios de Europa (¿cuáles?) están asustados ante el desastre laborista—. Este señor viene a decir aquello de: Esto no puede quedar así. Y nosotros añadimos: No; eso se hinchó.

—Cordero: El socialismo tiene que triunfar en todas partes (a la vista está) porque la burguesía es impotente para resolver los problemas económicos actuales—. ¿Por qué no ocupa este hombre el puesto de Prieto?... Es un delito de lesa patria el que se pase esta oportunidad, tan desdichada, sin que Cordero pruebe sus conocimientos profundos en el mundo complejo de la pública economía. ¡Ah! Pero en otro momento el propio Cordero declara la necesidad de dotar de técnicos al partido. He aquí unos imitadores de Don Juan de Robres, que antes del hospital creaba los pobres. La ignorancia socialista nos empuja primero y luego su técnica retrasada intenta enriquecernos.

Último botón: Los laboristas han perdido muchos puestos y muchos votos; pero se han purificado y han ganado en intensidad de acción—. Aplicación de la archisabida ley mecánica. Pero ello nos lleva a creer que el partido más dinámico es el que se compone de un sólo individuo. Y, por lo tanto, el socialismo, siguiendo la trayectoria de ese disparate, fruto del despecho, acabaría coincidiendo con el protagonista de "Un enemigo del pueblo", de Ibsen, que dice:

—El hombre más fuerte es el que está Pedimos a Dios puedan pronto los socialistas españoles comprobar la verdad de aquella frase.

Un cambio de inquilinos trascendental. Ironías del destino. El palacio llamado de la Huerta, residencia que fué de don Antonio Cánovas, parece va a convertirse en vivienda del Presidente de la República. De don Antonio a don Niceto o un puente entre dos abismos, se podía titular un libro, especie de folletín político, que acaso alguna vez se escriba. Cánovas vino a continuar la historia de España. Pero no la continuó. Creó, con su gran capacidad intelectual, un artificio que gracias al escepticismo sancho-panceco de nuestro país se ha mantenido en pie medio siglo, con amenazas constantes de ruina. Vamos de tumbos en tumbos y de pacto en pacto: del del Pardo al de San Sebastián. Los conservadores gobernaban mediatizados por los liberales y éstos por los extremistas enemigos del régimen. Y al fin de tantas sordidas y premiosas colaboraciones y de los apuntalamientos imperfectos de Maure y Primo de Rivera, hemos aquí en el fondo del abismo nuevamente. Es el término lógico, inevitable, de la evolución de un principio erróneo: el de la Monarquía híbrida, parlamentaria, fluctuante entre la atracción patológica y el miedo al sufragio universal y al mito de la soberanía popular. Nos parece que esto es un hecho archidemostrado. Pues aun hay por ahí equilibristas políticos que ponen los ojos en blanco pensando en el retorno de ese sistema que por dos veces ha de esa monarquía castrada. ¡Ah! No. Queremos gozar de nuevo las excelencias puesto en trance de muerte a España. El festín de Baltasar debe tener su lógica. Y cuando aparezcan las tres palabras fatídicas que sean para anunciar el derriumbamiento total y absoluto de esa política funesta hija de la Revolución y nieta de Lutero.

Las vestales de las Constituyentes han estado a punto de rasgar sus vestiduras por si hubo o no hubo intentos de influir incorrectamente en la Comisión de responsabilidades. ¡Qué pureza de espíritu!... ¡Qué rectitud jurídica!... ¡Qué augusta serenidad han demostrado! Para hallar algo práctico, representativo del momento, habría que recordar algunos de aquellos cuadros de historia que estuvieron de moda a mediados del siglo XIX. ¡La muerte de Lucrecia o de Séneca! por ejemplo. Porque la invasión de los bárbaros es algo anterior a este momento. Y la degollación de los Inocentes no ha llegado todavía...

Hace muchos años apareció en el grupo modernista del Ateneo un joven desgarrado, de rara fealdad y ojos bizcos. Sin duda para que no se fijasen en su cara llevaba un chaleco ramado y fantástico. Han pasado los años y ese hombre, aprovechando la multiplicidad de direcciones de sus ojos, los ha puesto en varios cargos a la vez. Lo que no ha podido es poner su cuerpo serrano en todos esos cargos, por lo cual tiene que desatender algunos. Y el chaleco de colores se ha convertido en librea... porque los uniformes son o no libreas según quien los viste. Y quien injuria y calumnia a personas respetables, que no pueden defenderse y además están injustamente atropelladas y perseguidas, ¿qué es? ¿Pobres seres estos que hoy pululan por todas partes, llenos de tal veneno, que son capaces, si no lo emplean en los demás, de emplearlo en sí mismos, como los alcazanes!



DESPUES DE EL ESCANDALO EN EL TEATRO BEATRIZ.  
por Mateo de Celis.

—¿Tú piensas pagar la multa de 500 pesetas?  
—¡Cal, hombre, yo prefiero los días de cárcel que así luego tengo méritos para ser diputado.

## ENSEÑANZAS VIEJAS

La prensa diaria ha dado cuenta de la aparición en el Salón de Sesiones de las Cortes de dos nuevas lápidas ornadas de laurel. A su vista, por encima del sincero respeto y de la infinita piedad que al cristiano y al caballero inspira la memoria de los que murieron por una ilusión o por una idea, el sentido crítico menos afinado no puede menos de asociar este hecho con aquellas declamaciones tan prodigadas contra la intromisión de los militares en la política y contra la vergüenza de que nuestras costumbres hubieran dado nacimiento a una palabra intraducible, *pronunciamento*.

Dos recuerdos acuden a la memoria en este trance. Uno, aquella dura repulsa con que Cánovas hizo en el Senado alusión al gesto de Martínez Campos en Sagunto: *Dados mis principios, mis convicciones y mi manera de ver las cosas, el mayor sacrificio que yo he hecho a la Monarquía es tener a mi lado a Su Señoría*.

El otro es de índole distinta y aun no

ha llegado la hora de su aplicación: Es uno de los pasajes más sugerentes de la vida romántica y dolorosa de Shelley. Había escrito Godwin, entre otras cosas, su *Political Justice*, en donde daba a luz las más avanzadas ideas en materia social, económica y política; practicando una de ellas, Shelley se marchó con una hija de Godwin: no se lo perdonaba el maestro: *Political Justice* era, a su juicio, un libro teórico, cuyos principios hubieran sido excelentes en un país ideal, pero en Londres... la verdad, aquello era una felonía. A pesar de todo, la severidad de sus principios no le impedía seguir pidiéndole dinero a Shelley.

Tarde o temprano la historia se repite: el maestro volverá a ver su corazón traspasado por el dardo de sus propias enseñanzas, y otra vez, violentando sus propios principios, acudirá de nuevo a la ingenuidad del romántico incorregible.

Ramón SUERO DIAZ

# Los días y las horas

Revista de la SEMANA



El cáncer en todo

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen. Inspiración soberana, divina: ¡qué frase!... Parece siempre dictada para el momento. Y ¡en éstas!...

Toda la política de opinión es corta de vista. Bueno, digo corta de vista por repugnancia a la violencia; pero el concepto, mejor dicho, la realidad exacta, debe enunciarse así: toda la política de opinión es corta de luces.

Aun no es ese enunciado exacto: es ciega y sólo camina a tientas. Naturalmente, tropieza en todas partes. Apotegmas de la política de opinión: Aun no está el pueblo suficientemente educado. Hay que educar al pueblo. Reunámonos todos los hombres de buena voluntad. Trabajando unidos, en un programa mínimo, sin perder cada cual su diferenciación, lograremos llegar a tener mayoría.

Vaciedades: la realidad es que cada día está menos educado el pueblo; que el sistema le lleva a la barbarie de perpetuar luchas crueles, criminales; que los hombres de buena voluntad quedan pospuestos, incluso por su propia modestia, a los caciques de los menos aptos; que cada día hay menos unidad y está más lejos la mayoría.

Programas de la política de opinión: perseguir a diestro y canonizar a Perencejo; desahuciar a un partido para auparlo a otro; borrar las bases azules del país para ponerlas amarillas; luchar a gritos con idas y venidas mil para mudar tres comas a un texto de mala legalidad nativa.

Por supuesto, todo ello mientras enfrente acechan para asesinar a Perencejo; los partidos que quieran auparse son primero cien y dos minutos después cien mil; las bases que cada cual quiere son de diferente color, y ni variará las comas sirve para nada, aun consiguiéndolo, ni son las mismas las que pretenden cambiar cada cual.

Ojos y no ven, oídos y no oyen. Ceguera y sordera.

Ceguera y sordera que trascienden de la política a las costumbres y a la psicología individual.

Todo esto viene a cuento de que en la Arboleda han asesinado a unos bonardos sacerdotes; en Alar del Rey a un secretario del Ayuntamiento; en San Sebastián han atracado a un aldeano para robarle mil pesetas... Eso en un par de días.

—Hechos, sucesos.

—No; algo más: consecuencias. ¡Disolución interior! ¡Ceguera y sordera de las conciencias!

Yo era niño y se hablaba un día en San Sebastián del hurto miserable de alguna calderilla. Y recuerdo la convicción, que el ambiente confirmaba, con que algunas personas del país comentaban el hecho: —Habría sido alguien de fuera.

Conservo aquella impresión imborrable: no había entonces en San Sebastián gente de tan diminuta malicia.

Año tras año se ha podido apreciar el declive moral de la ciudad. Podría

señalarse el año en que entraron en el Casino las mujeres mundanas; el año en que pasaron de la sala del crimen a la terraza; el año en que cesó la separación de sexos en la playa; el año en que aparecieron gentes indeseables de muchas cataduras punibles hijos de la tierra; el año en que dejó de saludarse al viandante en los caminos próximos a la población.

Atracos a la orden, ya hoy.

¡En San Sebastián! ¡En Guipúzcoa! Comas y puntos... ¡Nada!... Al fondo, al alma. ¡Es el alma la que se ha perdido!

El reparto de la esclavitud

Tras la Prensa del día noticias rusas relatando nuevas negativas de los campesinos a entregar los frutos recolectados. Los aldeanos del Cáucaso defienden su propiedad en plena campaña de guerra. ¿Cómo no?

La propiedad no es cosa de juego y el opinionismo sobre la propiedad lo es, como todos, pero un juego demasiado peligroso.

Cuando se perora contra la propiedad, el que habla y los que asienten, más o menos conscientemente, como los que en la parábola de Quedo oían llamar a la justicia en sus puertas, contestándola: justicia, y no por casa, se refieren siempre a la propiedad de los demás.

En la imaginación popular la propiedad es la riqueza acumulada en otras manos que las suyas y que, sea lo que sea, la sueñan como inmensa y capaz de todas las posibilidades.

Pero propiedad es el fruto del propio trabajo, por modesto que sea, y tantas cosas más inseparables de la libertad verdadera.

En Rusia, la desventurada, el comunismo procedió por engaños. Primero despojó a los grandes terratenientes, entre la general, y harto humana, complacencia de los que nada tenían o poseían pequeñas propiedades. Esa primera tragedia tuvo coro de risas crueles y encogimientos egoístas de hombros.

Pero la segunda etapa fué el despojo de los pequeños propietarios. Lloraron y gimieron muchos que habían reído antes. Reían sin embargo aún los que nada tenían.

¡Oh! el reparto.

Porque la muchedumbre cree que el reparto comunista o socialista es pura y simplemente quitarte tú para ponerme yo. En la propiedad, claro está.

Luego es ella. Cuando se ve que el reparto es para regular la obligación de trabajar la tierra, pero no para hacer nuevos propietarios. Al contrario, para que los beneficiados del reparto, no sólo no sean dueños de las tierras, sino ni siquiera de los frutos. De los frutos dispone también el absolutismo gubernamental.

Y entonces con dientes y uñas defienden su propiedad los que antes apoyaban a que no existiera.

Entonces, tarde; cuando echan de ver que no existiendo propiedad individual, el que trabaja la tierra no tiene nada suyo, porque la propiedad es un robo, y el único ladrón es el Estado.

Los trabajadores se enteran tarde y se rebelan de que sólo son... unos esclavos.

Todo de papel

CRITERIO, desde su aparición, viene hablando de las constituciones de papel.

Pero de papel, en la democracia, es casi todo.

De papel son las soberanías populares: la papeleta electoral.

De papel son las soberanías de las sociedades anónimas: la acción o título de accionista.

De papel, y manchado, es la opinión pública.

De papel son las reputaciones. Ahora tenemos en España 7.000 escuelas... de papel.

Se han creado por decreto 7.000 escuelas.

Creo que en julio.

Pero, como a los baturros del cuento, les va a amanecer templando.

¿Cuánto papel diciendo que hay 7.000 escuelas nuevas! Pero no hay tales escuelas.

No hay más que decretos.

Yo me atrevería, solito, a decir y probar que se puede ser, se ha podido ser y se podrá ser, más sabio, aun cuando no se sepa leer y escribir, que aun cuando se sepa leer y escribir.

Pero no necesito decirlo yo: Bernard Shaw, Spengler... hasta Camba, repite hoy todo el mundo que la única originalidad mental que queda, aparte de unas docenas de mentes superiores, es la de algunos analfabetos. Tal es la necesidad uniformada en que sume a las gentes del día la bazofia idiota de lo que leen, y nutren o indigestan su inteligencia.

# ASKAR ZUMAYA

## FABRICA

de motores marinos e industriales.

GRUPOS MOTO-BOMBA

para regadíos, agotamientos y contra incendios.

GRUPOS ELECTROGENOS, ETC.

Potencias de 3 a 120 H. P. y de 1 a 8 cilindros.

FUNDICION

de hierro, metales y maleables.

## ASTILLEROS

Construcción de toda clase de embarcaciones de pesca servicio y recreo.

PROVEEDORES

de la Armada y Sociedad Española de Salvamento de Naufragos.

ESTUDIOS

proyectos y presupuestos gratis.

Clave A. B. C. 5.ª edición  
TELEFONO NUM. 35

Telefonemas  
Telegramas  
Cables {ASKAR



Y hasta en los ministerios saber leer y escribir, sirve para ponerse en ridículo creando escuelas... de papel.

**Hacer calendarios**  
Si el individualismo—de donde sale la democracia—tuviera realidad natural, habría una fórmula felicísima para pasar la vida—el rato—dichosa y divertidísimamente: tomar asiento de talanquera y ver la lidia democrática. Pronto quedaría en mantillas el lenguaje y griterío que es clásico en los días aciagos de las plazas de toros.

Pero no se puede vivir individualista. Traemos naturaleza de otros seres, y cuanto tenemos es fruto de la vida solidaria de los humanos. No se puede hacer mera diversión de la democracia, pues nos corrompe y dificulta la vida, no muy fácil ni siempre grata.

¡Es que tiene el sino de no dejar titeres con cabeza!

La S. D. N. no ha evitado ni resuelto el conflicto chino-japonés. Ni ninguno. Es inútil, lo hemos más de una vez repetido.

Pero, además de no resolver conflictos... los cultiva. Ahora nos va a complicar ¡el calendario!

¡Está bueno el mundo para entretenerse en opinar sobre esa material! Pero, ¡qué ha de hacer, sino enredar, una institución democrática y deliberante!

La obra gregoriana del calendario actual es sencillamente admirable.

## SECCION ADMINISTRATIVA

### AVISO

#### A los paqueteros de provincias

Para regularizar las cuentas de la Administración de CRITERIO se interesa a todos los que no hayan enviado su liquidación de Septiembre y Octubre, lo hagan cuanto antes, remitiendo a estas Oficinas, Pi y Margall, 18, las cantidades que adeuden, por Giro postal.

También se advierte encarecidamente que en los envíos de los ejemplares sobrantes no se olviden de hacer constar el nombre del remitente y el de la población de origen.

Obra de la Iglesia, tuvo la competente colaboración de los verdaderos sabios de fines del siglo XV y casi todo el XVI: Regiomontano, los Cilio, Clavio, Chacón, todos los del orbe católico. Promulgado por Gregorio XIII, aceptado por los estados ortodoxos, tué al cabo admitido también por los protestantes. Satisfizo y satisfice sin dejar sentir dificultad a las conveniencias y necesidades de la medida y cómputo del tiempo en la vida civil.

Pero la vanidad y el 'opinionismo' democráticos no tienen modo de reposar en su inútil o nociva inquietud. La Revolución francesa hizo su calendario; no menos la rusa.

Y les viene de casta, porque ya los demagogos romanos se esforzaban en la misma tarea, a gusto de las opiniones. Por ejemplo, cambiando los nombres de algunos meses por los suyos propios: *Julius, Augustus*; evadiendo



—Es un triunfo de los jesuitas.  
—Porque son muchos los detenidos?  
—Y porque hasta los "protestantes" son católicos.

la ausencia de pares en el número de los días de los meses, por superstición. O creando un año tan absurdo que se llamó el año de confusión.

Con lo que queda dicho que era obra genuinamente democrática y trazado el ideal del calendario que pueda formar la Sociedad de Naciones.

**domingo**  
Pleitos tengas... Quizá nos quejamos de vicio pensando y repitiendo que no hay tal soberanía popular, ni nada de soberanía parlamentaria, ni soberanía real.

Meditando un poco, los extremos se tocan, y estamos cerca de la soberanía de la real gana.

Hasta hace pocos días, que se sepa, quedaba algo de Código civil. Y algunos picos más de los varios millones de leyes, decretos, órdenes, reglamentos, circulares y prospectos legislativos.

Pero el ministro de Justicia tiene imperio cesáreo sobre lo que pudiera quedar. Y con un nuevo decreto ha derogado un poco más de todas esas ruinas.

Apresurémonos a decir que esta vez a beneficio del abogadismo. No siempre se ha de decretar la molestia.

En adelante los pleitos matrimoniales entre católicos, es decir, una inmensa proporción de los litigios de ese género, tendrán que ventilarse ante los tribunales eclesiásticos, ya que no hay para los fieles otra institución de justicia que pueda juzgar las causas del sacramento; pero negado el fuero canónico la eficacia civil, se habrán de entretener en debatir sus pretensiones además ante los tribunales ordinarios.

Hacia falta una disposición que fomentase la riqueza de alguien. Y, especialmente, de los abogados.

Ya no hay ejecuciones, no hay propiedad, no hay industria, no vale nada casi todo, falta postor en las sub-

astas, cotización y venta a los valores bursátiles, ¡no hay pleitos! Estaba indicada la duplicación y eternidad de alguna clase de ellos al menos.

La Iglesia, el interés público y los intereses privados?... Eso no es cuenta de la revolución.

El señor Ríos incurriría en el anatema canónico y hasta en la excomunión de muchos ciudadanos.

Pero los abogados tienen algo que agradecerle.

Como no sea que se acomoden a vivir en paz los presuntos litigantes, aun cuando sólo sea para eludir la maldición de la gitana.

Quien sabe si el ministro se ha propuesto reconstituir el orden y los afectos de la familia. Porque si bien es de temer que un loco haga ciento, no es menos cierto, sino más, que pueden entrar en cordura muchos locos ante la pena.

Lo que sin duda es notorio, y sin

dilaciones litigiosas, es el divorcio del país, de las Cortes y de los ministros.

**lunes**  
Sigue la función diplomática en el teatro Infanta Beatriz. Todo en ella y con relación a ellas es delicado. El asunto, los personajes salientes, la firma y cargos del autor, las alusiones al país donde representa, ¡ay!, a España, la relación de familia de la empresa o la dirección con el Gobierno y la intervención de los ejércitos de Jerjes-Galarza.

El asunto, infame; los personajes relevantes, repugnantes; embajador de la Nación en la corte inglesa, tan decorosa, el autor de ese libelo; ofendidas las costumbres inglesas; cuñado el director artístico del Beatriz del jefe

del Gobierno, y detenciones en rama. Todo violento e impropio. Sólo encontramos correcta la actitud de caballerosa protesta en que se manifiestan diariamente los concurrentes que pagan su localidad.

¡Tantas cosas y tan importantes debían haberse protestado siempre!

**Deporte final**  
Se trata nada más de asesinar sacerdotes o católicos.

Es la última moda del trogloditismo hordario de la revolución.

Se esconde la mano y se dispara a mansalva sobre unos sacerdotes que pasean, sobre otro que entra en su domicilio, o sobre algunos muchachos que están en un bar. Una vez asesinado alguien, a mansalva, escondiéndose o parapetándose en la confusión, se echa a correr, y ya se encargará quien pueda de impedir que sea satisfecha la justicia.

Es el Progreso. Así se puede hasta quemar cien templos en un día.

¡Qué avance!... De las selvas.

Hernando de LARRAMENDI

## Diseño de una defensa

De nada vale que un espíritu tan cultivado como Goethe haya señalado las ventajas de atender la libertad de imprenta; de nada que una experiencia secular haya enseñado cuáles eran las fatales consecuencias de no poner un límite a su desenfreno; la libertad de Prensa es un dogma intangible..., aunque elástico.

Y éralo asimismo la libertad individual, cuyas garantías se habían encargado de establecer las leyes; y la independencia del poder judicial; y la libertad política de los empleados públicos; y la de asociación y de reunión...

Y el militar... ¡Ah! Al militar se le ha tratado de convencer de que era en la sociedad un abceso que iba haciéndose intolerable; se había procurado imbuirle la idea de que pertenecía a una de las clases más iletradas de la nación; y por un fenómeno natural, el convencimiento prendió primero, en general, en las inteligencias más despiertas, en los espíritus más alerta y en las mayores pretensiones de cultura, porque sólo es capaz de creer que sabe poco aquel que ya sabe algo; por eso, y porque la ignorancia de las cuestiones políticas y sociales era abundante en el medio castrense, fué fácil tarea abrir las ventanas de su curiosidad sobre un campo en el que a la mano—otro milagro de la libertad: la libertad de los editores—encontró las lecturas más apropiadas para darle una falsa idea de todas las cuestiones candentes y despertar su imaginación con todas las trompetas de la libertad; así comenzó a brotar en el calor cordial para todas las rebeliones, y hasta una curiosidad no exenta de simpatía hacia el gran laboratorio ruso; pero sobre todo se irguió dentro de él con todo el prestigio de un viejo mito la mágica palabra intelectual, y cuando en la Rusia de pro-

misión los asnos del partido—al decir de un personaje de Gladkov—sentían todos los dolores de la humillación y todas las miserias de su suerte precaria, empezaba a llegar a los intelectuales de esta nuestra tierra la cálida admiración ingenua de los hijos de Marte, que tímidamente, como quien recela ser indiscreto; azorados, como si tuvieran que hacerse perdonar todos los males que afligían al país, llegaban, ahogando con su admiración el tintineo de las espuelas y de las espadas, casi avergonzados de su profesión y olvidando aquel certero adagio francés—il n'y a pas de sot métier, il n'y a que des sottés gens—, a los cenáculos, tertulias y ateneos que hace ya no pocos años había calificado Menéndez y Pelayo de verdaderas mancebias intelectuales.

Ya llegará la hora de demostrar histórica y documentalmente que es falso de toda falsedad que los militares por si hayan perturbado la vida política de la nación; ya llegará la hora de demostrar que cada pronunciamiento fué la obra de estos o de aquellos hombres civiles, y que los militares fueron simplemente los medios de que se valieron para sus fines, tocando generalmente para moverlos las fibras más delicadas de su alma; pero esto es preciso probarlo, y ya llegará la oportunidad de hacerlo. Como sería una imperdonable vulgaridad traer en este momento a luz el reproche—tantas veces repetido—de que fué cada triunfo político ocasión de pingüe botín de estrellas y de entorchados, para hacer una fa-

## Cuartos verdaderos sanatorios

ESPLENDIDAS VISTAS SOBRE EL STADIUM Y LA SIERRA

Terraza, nueve habitaciones habitables y servicios

Excelente decoración y confort moderno.

GARAJE EN LA CASA

Rentan: 3.600 y 3.900 pesetas anuales, respectivamente

AVENIDA DEL STADIUM, 4 MADRID

Razón al teléfono 14052 y en CRITERIO

cil comparación con el que a la hora de la victoria incruenta saben tomar aquellos que más áspidamente los habían criticado.

Los prejuicios de un liberalismo ya totalmente desplazado y los temores ingenuos al juicio olímpico de los intelectuales han sido causa de muchas desventuras.

V.

Tapicerías góticas, gobelinos y madrileñas de la Real Fábrica y de Espantación, compra. Remítanme tamaño, asunto, clase, estado conservación y precio a CRITERIO. Señor M.

También compraría cuadros, telas, armas y libros antiguos.

BIAYENYERA (S. A.) ARTES GRÁFICAS.—MADRID.

Folleto de CRITERIO

(3)

## LA HAZAÑA DEL TIO PERETE

NOVELA CORTA

por ENRIQUE TOMASICH

(Conclusión.)

minable pañuelo de hierbas y enjugándose los lagrimones, que fueron a perderse en las arrugas de su rostro—, verdad que en esta ocasión fui un mal bicho... un bruto?

No era cosa de llevarle la contraria, y—Si, señor, un bruto—, contestamos a coro con admirable y desasosombrosa unanimidad.

—Pues sentido esto, continuó—dijo el vejete sonriendo a través de la neblina húmeda que aún empañaba sus ojos grises.

III

—Confuso y amodorrado, en un estado singular de cuerpo y de espíritu, sin velar y sin estar despierto sin embargo, pasó aquella noche eterna oyendo sonar una tras otras las campanadas del reloj de la iglesia vecina, y a intervalos irregulares el débil roce de las hojas del libro de sor Clara al ser vueltas por ésta.

En tanto, yo formaba mi composición de lugar y asentaba propósitos firmísimos, que apenas amaneciera, se convertirían... ¡ueños!... ¡vaya si se convertirían!... en hechos consumados. Al ser de día, no bien llegara a mis oídos el marcial y alegre trompeteo del toque de diana, saldría de aquella casa malidita, aunque supiera que me iba la vida en ello; aunque tuviera que apelar a la violencia si aquella mujer mostraba la menor oposición... que no la mostraría, creía yo fundadamente, tratándose de un prójimo que, como yo, gustaba tan tremendas despachaderas. Mi idea fija, la tendencia dominante en todo mi ser, lo esencial, lo indispensable y lo urgente era poner tierra por medio entre sor Clara y yo; entre ella, sectaria del clericalismo, de las curas y de los frailes, y yo, defensor y partidario decidido y ferviente del progreso, de la libertad en general y muy especialmente de la libertad del pensamiento. Cuanta barbaridad se me pudo ocurrir aquella noche no es para contada, muchachos. Mas es lo cierto que lo que yo, contra toda mi voluntad, leía en el fondo de mi corazón, era que

aquella mujer me inspiraba respeto, miedo y, sobre todo... vergüenza... ¡Vergüenza, rapaces!

¡Si la pidiere perdón!, se me ocurría; pero, ¡cal!... hacia falta para eso más valor que para ultrajar a una mujer, y, además, ¡era bajarse!

¡Vaya!, la huida era necesaria; el amanecer no podía estar ya lejos, y la ocasión para escapar se me presentaba... sor Clara había desaparecido y yo podía huir sin inconveniente... Me levanté con sigilo, y haciendo de tripas corazón para resistir el desfallecimiento que me aplomaba, me vestí el uniforme, cargué con la mochila y, apoyándome en el fusil, me dirigí de puntillas hacia la salida... Ya tenía la mano en el pestillo y podía crearme en franquía, cuando se abrió la puerta, lo que para mí equivalió poco menos a que aquel techo y el piso se juntaran para aplastarme y a que un horrendo terremoto conviniere y bamboleara la habitación. ¡Sor Clara estaba allí! ¡Sor Clara, que, apacible y sonriente, con los brazos cruzados sobre el pecho, me miraba con expresión mansamente interrogadora.

—¡Quítese usted de en medio!—exclamé con voz que el miedo... ¡sí, chicos, el miedo!, hacía ronca y entrecortada—. ¡Déjeme usted pasar, o si no!...

—Váyase, váyase cuando guste—dijo sor Clara con serenidad y calma inalterables—; váyase, puesto que no quiere permanecer más tiempo en esta santa casa; pero antes...—continuó después de una ligera vacilación—hágame el favor, que le estimaré en el alma, de recibir este escapulario... sin escrupulo...—aquí se sonrió con su poquito de malicia—. Acéptelo, que le traerá ventura... Consérvelo para su madre, que allá en el pueblo aguarda su regreso...—añadió, siempre sonriendo, con los ojos bajos y alargándose el escapulario con mano temblorosa.

—Venga... eso—dije con turbación y malestar indefinibles—. Lo tomaré por educación... para que vea usted que tengo... principios, y que mi... educación... ¡bueno!, hemos terminado. Pero conste—continuó, haciéndome superior a mi azoramiento y con entonación enfática y rimbombante—que sigo pensando lo que antes pensaba; conste que yo soy muy liberal, muy progresista y que no creo en mojigaterías...; conste que me llevo... eso... por urbanidad, y conste... que tampoco creo en amuletos como... ese; signos de superstición e ignorancia.

Hízose la hermana a un lado y me lancé a la escalera, que bajé con andares de beodo, cantando el *Trágala* con voz de energúmeno y... al mismo tiempo, poniéndome el escapulario sobre el pecho, por debajo del capote. Salí a la calle cantando todavía, e instintivamente volví los

ojos al balcón de la escuela-hospital, y en él, a los pálidos resplandores del sol naciente, vi, con no pequeño bochorno, a sor Clara que pugnaba por sofocar la risa tapándose la boca con el pañuelo.

Di un viva a la libertad y traspuse la esquina.

—¡Ruda fué la jornada de aquel día! Sanos y enfermos tuvimos que batirnos como fieras en defensa del pellejo. Eran las cuatro de la tarde y el fuego continuaba vivísimo y terrible. Los contrarios, en triple número que los nuestros, llevaban la mejor parte en la feroz contienda, no obstante la tenaz y heroica resistencia que oponíamos. Nos defendimos con desesperación y tratando de conseguir, no ya una victoria imposible, sino una honrosa retirada... ¡Retirada! ¡Que si quieres! Estábamos copados, según rugió rabiamente el capitán Pérez, mordiendo con furia el bigote canoso. Era necesario intentar un supremo esfuerzo para romper aquel círculo infernal de hierro y fuego que nos diezaba... ¡A la bayoneta!—aulló el capitán, señalando con la punta de la espada el frente enemigo...—Y ciegos de furor, tiznados y ensangrentados, avanzamos como locos, perdiéndonos en el torbellino de humo que nos ocultaba las filas contrarias. Yo no sé lo que hice, si os he de decir la verdad; bayoneta en ristre, que unas veces se hundía en blanco y otra azotaba el vacío, marchaba y marchaba hacia adelante siempre... De repente me sentí asido por la espalda, tropecé, y en confuso montón con el que me sujetaba, caímos con estrépito... A todo esto, el fusil se me fué de entre las manos y quedé desarmado... ¡Qué apuros! ¡No importa!—me dije—. Y luchando a brazo partido con mi adversario, confundiendo nuestras anhelosas respiraciones, tan pronto encimé el como yo, golpeándonos y arañándonos con rabia indescriptible, llegó un momento en que sentí que las fuerzas me faltaban... Hice un esfuerzo sobrehumano, me tocó caer encima, y a falta de arma mejor, clavé los dientes en su pescuezo, y como el lobo despedaza un corderillo, así mordi, desgarré y trituré con saña.

La sensación salada y pegajosa de la sangre en mis labios y el sentir que cedía la presión de aquellos brazos, que cual férreas tenazas me habían hasta entonces oprimido, fueron los signos que me indicaron mi victoria... Probé a incorporarme y no pude... Estaba herido, no sabía cuándo ni en qué parte de mi cuerpo, y la debilidad, producida por la pérdida de sangre, me impedía el movimiento.

Me resigné con mi suerte, pensé en Dios y en mi madre (en esto todos los ateos coinciden cuando se acerca la Párida), y poco a poco fué llegando a mis oídos más y más apagado el rumor estridente del combate; se nubló mi vista, y hablan-

do en plata, rapaces, quedé privado de conocimiento en el campo de batalla.

Cuando me di cuenta de mi persona, había ya cerrado la noche y las estrellas, como si tritiraran, brillaban temblorosas en el cielo.

—No se mueva—dijo a mi lado una voz apacible y discreta, no del todo desconocida para mí—. Puede abrirse la herida que tiene en una pierna y que parece haberse cerrado, afortunadamente.

Volvi la cabeza, y fijos en mí, brillando con el fulgor velado de los gusanos de luz, bajo las alas de la toca, vi los ojos garzos de sor Clara, que era quien me hablaba con voz tremula y compasiva.

—¡Sor Clara!—exclamé sollozando... ¡Me muero! ¡Bendito sea Dios que me da tiempo para pedirle perdón!

—¡Cállese, tonto, y no se ocupe de eso... ni menos se mueva!—dijo la monja afectuosamente—. Por lo que pueda suceder, encomiéndese a Dios y su santísima Madre, que es también la nuestra... Diga, diga conmigo...

Y de rodillas empezó a recitar con voz conmovida el Ave María, que yo, aunque con dificultad, repetía con profunda devoción y enternecimiento.

—Ruega por nosotros, pecadores, ahora...—dijo sor Clara desplomándose como herida por el rayo, en tanto que en las lejanías oscuras del desierto campo de batalla resonaba un estampido.

Me incorporé sobre un brazo, palpé el cuerpo inmóvil de la hermana de la Caridad, y un líquido caliente y espeso que a borbotones se escapaba de su pecho, me indicó que para ella todo había terminado... acá abajo.

La miré el rostro, y, ¡cosa rara, rapacitos!, en su cabeza, vuelta hacia el firmamento y alumbra vagamente por el indeciso fulgor de las estrellas, creí notar el mismo fenómeno que observé la noche anterior en el hospital, cuando miraba al techo de la habitación... Parecía que dentro de la cabeza se había encendido una gran luz pálida y tranquila como la de la luna, y que aquellos ojos garzos y rasgados contemplaban con una pupila sin visión, más allá de la inmensidad del cielo, algo muy grande, muy hermoso... infinito.

IV

—Y usted, tío Perete, ¿no se murió?—preguntó con la mejor buena fe una vocetita candorosa.

—Tengo entendido que no—respondió el viejo sorbiéndose una lágrima y con voz hiposa—. ¡Y es lástima, cuerno, porque hubiera muerto en buena compañía!